

CAPÍTULO XLIII.

EL ARRESTO.

Por la mañana, cuando renace el ruido general, cuando París recobra la vida y anuda un nuevo eslabón con el eslabón de la víspera, la condesa esperó que la noticia de su absolución penetrase de súbito en su prisión con la alegría y las felicitaciones de sus amigos.

¿Tenía amigos? ¡Ay! la tortura, el crédito nunca quedan sin amigos, y sin embargo Juana se había hecho rica y poderosa, había recibido, y había dado sin haberse adquirido el amigo trivial que debe quemar el día de una desgracia lo que ha obsequiado la víspera.

Pero después del triunfo que Juana aguardaba, tendría partidarios, tendría admiradores y envidiosos.

En vano se prometía ver penetrar en la sala del conserje Hubert aquella oleada de gente con rostros alegres.

De la inmovilidad de una persona convencida, Juana pasó á una inquietud excesiva, según la inclinación de su carácter; y como no se puede estar siempre disimulando, no se tomó la molestia de ocultar sus impresiones á sus guardianes.

No le era permitido salir á informarse, pero asomó la cabeza al postiguiillo de una ventana, y ansiosa y jadeante aplicó el oído á los rumores de la plaza inmediata, rumores que formaban un murmullo confuso después de haber penetrado el espesor de los muros del antiguo palacio de San Luis.

Entonces oyó Juana no un rumor, sino una verdadera explosión, bravos, gritos, bullicio, alguna cosa ruidosa que la espantó, porque no estaba segura de que fuese á ella á quien demostraban tanta simpatía.

Dos veces se repitieron aquellas salvas ruidosas, y fueron seguidas de voces de otro género.

Parecióle que aquellas voces manifestaban también una aprobación, pero una aprobación sosegada, y muerta al nacer.

Al pronto fueron más frecuentes los transeúntes por el muelle, como si los grupos de la plaza se disolviesen y despidiesen en detalle sus masas dispersadas.

— ¡Famoso día para el cardenal! dijo una especie de pasante de procurador brincando en el empedrado cerca del parapeto.

Y arrojó una piedra al río con esa habilidad del joven parisiense que ha consagrado muchos de sus días al ejercicio de este arte, exhumado de la palestra antigua.

— ¡Para el cardenal! repitió Juana. ¿Conque se sabe que el cardenal ha sido absuelto?

De la frente de Juana cayó una gota de hiel, una gota de sudor, y se volvió precipitadamente á la sala.

— ¡ Señora, señora ! preguntó á la señora Hubert, ¿ qué es lo que oigo decir : *qué feliz es para el cardenal ?* ¿ qué es feliz para él ? si gustáis decirme.

— No sé, respondió la conserje.

Juana la miró bien á la cara, y añadió :

— Os ruego que se lo preguntéis á vuestro marido.

La conserje obedeció por complacencia, y Hubert respondió desde fuera :

— ¡ No lo sé !

Juana, impaciente y mortificada, se paró un momento en medio del cuarto, y dijo :

— Entonces ¿ qué querían decir esos transeuntes ? Esa clase de oráculos no engañan. No cabe duda, hablaban de la causa.

— Tal vez querían decir que si M. de Rohán es absuelto, este será un hermoso día para él, y nada más, dijo el caritativo Hubert.

— ¿ Creéis que será absuelto ? exclamó Juana crispando sus dedos.

— Puede suceder.

— ¿ Entonces yo ?...

— ¡ Oh ! señora... vos como él ; ¿ por qué no ?

— ¡ Extraña hipótesis ! murmuró Juana, y se asomó de nuevo al postiguillo.

— Hacéis mal, señora, le dijo el conserje, en ir á buscar de ese modo emociones que os llegan mal comprensibles de fuera. Creedme, y permaneced tranquila hasta que vuestro abogado ó M. Fremyn vengan á leeros...

— ¿ La sentencia ? ¡ No, no !

Y se puso á escuchar.

Á la sazón pasaba una mujer con sus amigas, con sus gorros en la cabeza y grandes ramilletes en la mano. El olor de aquellas rosas subió como un bálsamo precioso hacia Juana, que aspiraba todo lo que venía de abajo.

— Este querido hombre tendrá mi ramillete, gritó aquella mujer, y otros ciento. ¡ Oh ! si puedo, he de darle un beso.

— Y yo también, dijo otra compañera.

— Y yo quiero que él me abraze, dijo una tercera.

— ¿ De quién quieren hablar ? se dijo Juana.

— Es que es un lindísimo mozo, y no os desagrada, dijo otra mujer á sus amigas.

Y en esto desaparecieron.

— ¡ Aún el cardenal ! ¡ siempre él ! murmuró Juana. ¡ le han absuelto, le han absuelto !

Y pronunció estas palabras con tanto desaliento y certidumbre, que los conserjes resueltos á no ocasionar una borrasca como la de la víspera, le dijeron al mismo tiempo :

— Señora, ¿ por qué no queráis que el pobre preso fuese absuelto ?

Juana sintió el golpe, y especialmente sintió el cambio de sus huéspedes, y no queriendo desmerecer en su simpatía, dijo :

— No me comprendéis. ¡ Ayl ! ¿ me creéis tan envidiosa ó mala que desee el mal de mis compañeros de infortunio ? ¡ Dios mío ! ojalá absuelvan al cardenal ! ¡ Sí, que le absuelvan !... Pero yo, que yo sepa al fin... Creedme, amigos míos ; lo que me pone así es la impaciencia.

Hubert y su mujer se miraron uno á otro como para medir la importancia de lo que iban á decir.

Una mirada sombría de Juana, que no pudo dominarse, los detuvo cuando iban á tomar una decisión.

— ¿Nada me decís? exclamó, advirtiendo la falta que acababa de cometer.

— Nosotros no sabemos nada, respondieron en voz baja.

En este momento una orden llamó á Hubert fuera de su aposento. La conserje, habiendo quedado sola con Juana, trató de distraerla, pero fué en vano, pues todos los sentidos de la cautiva y toda su inteligencia estaban absorbidos por el bullicio de fuera, por las ráfagas de viento que ella percibía con una susceptibilidad aumentada por la calentura.

La conserje, no pudiendo impedirla de mirar ó escuchar, se resignó.

De súbito, se sintió un gran bullicio y mucho movimiento en la plaza. El gentío retrocedió hasta el puente y hasta el muelle, gritando tan compacta y reiteradamente, que Juana se estremeció en su observatorio.

Aquellos gritos no cesaban, y se dirigían á un coche descubierto cuyos caballos, retenidos por la mano del cochero menos aun que por la multitud, apenas podían marchar al paso.

Poco á poco, la multitud, estrechándolos, llevaba sobre sus hombros y brazos, caballos, carroza y dos personas que iban dentro de esta.

Á los grandes rayos del sol, bajo una lluvia de flores, bajo una cúpula de follaje que mil manos agitaban por encima de sus cabezas, la condesa reconoció á aquellos dos hombres que embriagaban á la entusiasmada multitud.

El uno, pálido con su triunfo, espantado de su popularidad, permanecía grave, aturdido y temblando. Subieron algunas mujeres sobre las llantas de las ruedas, le cogían

las manos para devorárselas á besos, y se disputaban á puñetazos el encaje de sus manguitos que ellas habían pagado con las flores más frescas y raras.

Otras, más dichosas aún, habían subido á la trasera del coche con los lacayos, y luego, separando insensiblemente los obstáculos que embarazaban su amor, cogían la cabeza del personaje idolatrado, le aplicaban un beso respetuoso y sensual, y en seguida hacían lugar á otras dichosas. Ese hombre adorado era el cardenal.

Su compañero, lozano, gozoso, fulgurante, recibía una acogida menos viva, pero en proporción igualmente lisonjera. Por otra parte, le compensaban con gritos y vivas; las mujeres se repartían el cardenal, los hombres gritaban: ¡ Viva Cagliostro !

Esa multitud embriagada tardó media hora en atravesar el Puente del Cambio, y hasta su punto culminante percibió Juana á los triunfadores sin perder un detalle.

Aquella manifestación del entusiasmo público por las víctimas de la reina, como los llamaban, dió un momento de gozo á Juana; pero al punto exclamó:

— ¡ Cómo ! ellos están ya libres; para ellos se han cumplido ya las formalidades; ¡ y yo, yo no sé nada ! ¿ Por qué no me dicen nada á mí ?

Y le acometió un calofrío.

Á su lado había sentido á madama Hubert que, silenciosa y atenta á cuanto pasaba, aunque debía haber comprendido, no daba ninguna explicación.

Juana iba á provocar una aclaración que era ya indispensable, cuando un nuevo bullicio llamó su atención del lado del Puente del Cambio.

Un fiacre rodeado de gente subía á su vez la pendiente del puente.

En el fiacre, Juana reconoció risueña y mostrando su hijo al pueblo, á Oliva que marchaba también libre y loca de alegría con los gracejos algo libres y los besos que enviaban á la fresca y apetitosa joven. Tal era el incienso, grosero, es verdad, pero suficiente para la señorita Oliva, que la multitud enviaba, como último relieve del festín espléndido ofrecido al cardenal.

En medio del puente estaba aguardando una silla de posta. En ella estaba oculto Beausire detrás de un amigo, único que osaba revelarse á la admiración pública. Hizo una seña á Oliva, y ésta se apeó de su fiacre en medio de los gritos un tanto cambiados en silbidos; pero para ciertos actores, ¿qué importan los silbidos cuando se les podía arrojar proyectiles y echarlos del teatro?

Cuando Oliva subió á la silla, cayó en los brazos de Beausire, quien, estrechándola con vehemencia, no la soltó en el espacio de una legua, é inundándola de lágrimas y besos, no respiró hasta San Dionisio, donde relevó los caballos sin ser molestado por la policía.

Entretanto Juana, viendo á todas aquellas personas libres, dichosas y festejadas, se preguntaba por qué sólo ella no recibía noticias.

— ¡Pero yo, yo! exclamó, ¿por qué refinamiento de crueldad no se me declara la sentencia que me concierne?

— Calmaos, señora, dijo Hubert entrando en el cuarto; calmaos.

— Es imposible que vos no sepáis algo, replicó Juana. ¡Vos lo sabéis! Sí, ¡lo sabéis! decidme lo que hay.

— Señora...

— Si no sois un bárbaro, instruídme, pues estáis viendo lo mucho que sufro.

— Señora, á nosotros los empleados inferiores de la prisión nos está prohibido revelar las sentencias cuya lectura incumbe á los secretarios del tribunal.

— Entonces, ¡es tan espantosa que no osáis decírmela! exclamó Juana con un arrebato de rabia que causó miedo al conserje y le hizo temer se repitiesen las escenas de la víspera.

— No, respondió el conserje; calmaos, calmaos.

— Entonces hablad.

— ¿Tendréis paciencia y no me comprometeréis?

— Os lo prometo, os lo juro... ¡hablad!

— Pues bien; el señor cardenal ha sido absuelto.

— Lo sé.

— M. de Cagliostro fué declarado no haber méritos para proceder contra él.

— ¡Lo sé, lo sé!

— La señorita Oliva... absuelta de la acusación.

— ¿Qué más, qué más?

— M. Reteau de Villette ha sido condenado...

Juana se estremeció.

— Á presidio.

— ¿Y yo? ¿y yo? gritó pateando furiosamente.

— ¡Paciencia, señora, paciencia! ¿No es esto lo que me habéis prometido?

— Ya la tengo; vamos, ¡hablad! ¿yo?

— Al destierro, respondió con voz débil el conserje separando la vista.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos de la condesa, relámpago apagado tan pronto como apareció.

Luego, fingió desmayarse dando un fuerte grito, y se dejó caer en los brazos de los conserjes.